


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Betti, Maddalena: *The Making of Christian Moravia (858-882): Papal Power and Political Reality*, Leiden, Brill, 2013.

María Victoria Valdata

Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires

mv.valdata@gmail.com

Fecha de recepción: 04/10/2014

Fecha de aprobación: 09/10/2014

La presente obra, escrita por Maddalena Betti, es tributaria de su tesis doctoral presentada en la Universidad de Padua en el año 2008 bajo el título *La formación de la “sancta Ecclesia Marabensis” (858-882): Las fuentes y los idiomas de un plan papal*. La revisión de ésta arrojó como resultado su ópera prima, que fue incorporada a la serie *East Central and Eastern Europe in the Middle Ages, 450-1450*. Esta autora italiana publicó, además, una serie de artículos sobre el Papado del siglo IX y sobre la historia medieval de los eslavos.

Tal como su nombre lo indica, *The Making of Christian Moravia* tiene como punto cardinal el establecimiento de la arquidiócesis de Moravia y a su primer titular, el misionero bizantino Metodio. Es en la introducción donde la autora se encarga de asentar el valor histórico que para ella alberga dicha cuestión, tras lo cual brinda una serie de motivos sobre el porqué escribir un libro dedicado a la *Sancta Ecclesia Marabensis*. La razón principal descansa, para Betti, en la particularidad

del establecimiento de una nueva provincia eclesiástica bajo la jurisdicción de la Sede Apostólica, en el marco de un territorio que comenzaba a mostrar una emergente identidad eslava y que quedaba fuera de las esferas de influencia de los imperios carolingio y bizantino. Por otra parte, Betti le otorga a dicha arquidiócesis un papel notable dentro del clásico conflicto entre la Iglesia Católica y la Ortodoxa, las cuales se disputaron el legado de los hermanos misioneros, Cirilo (conocido también como Constantino) y Metodio: primero reconocidos por la Iglesia Ortodoxa como santos y antepasados espirituales de las naciones eslavas, así como los fundadores de su cultura, y luego canonizados por el Papa León XIII en 1880.

El libro se compone de tres grandes capítulos, divididos, a su vez, en numerosas secciones. En el capítulo I, Betti brinda un panorama general acerca del lugar que ocupan los hermanos bizantinos en la historiografía decimonónica y del siglo XX, proponiéndose como meta dar cuenta del complejo modo en que los asuntos religiosos y nacionalistas influenciaron la reconstrucción de la historia de la arquidiócesis de Metodio. En este punto, no es menor considerar el movimiento paneslavista que, en aras de promover la unión cultural, religiosa y política de los países eslavos de Europa, contempló a los Apóstoles como símbolo de la unidad del mundo eslavo. Así, la referencia a estos hermanos de prestigio supranacional constituyó uno de los lugares más comunes en los que cayeron los estados en proceso de formación —o transformación— para moldear sus raíces históricas y fortalecer sus identidades. Paralelamente, otro de los puntos nodales del capítulo son las diferentes consideraciones acerca de la locación de la Gran Moravia. Si bien la autora hace explícita su reticencia a realizar una examinación de dicho debate, no evita dar un completo paneo de los principales historiadores abocados al tema. De todos modos, su aporte principal no resulta este balance, sino el hecho de determinar cómo un conveniente manejo de las fuentes eclesiásticas habilita a los historiadores a ubicar a la Gran Moravia al sur, al norte o al este del Danubio. El caso más emblemático, según Betti, es Checoslovaquia, que —por ejemplo— al separarse en dos países independientes registró cambios en su historiografía con respecto a la que se había establecido durante los años de la Checoslovaquia comunista. Así, mientras que durante la década del cincuenta se confirmó la locación de la Gran Moravia dentro de los límites de esta última, con su posterior disolución, el mito de la Gran Moravia fue vital dentro de la historia de Eslovaquia pero omitido de la historia de la República Checa.

En el capítulo II se encuentran una serie de fuentes primarias que pueden ser divididas en dos grandes grupos: las romanas (*Liber Pontificalis* —*Nicolaus I* y *Hadrianus II*—, *Vita Constantini-Cyrilli cum translatione S. Clementis*) y las eslavas (*Vida de Constantino*, *Vida de Metodio*, *Encomio a Cirilo y Metodio*). En torno a ellas, la autora estructura el capítulo y establece una serie de problemas, que se hacen presentes una y otra vez en cada una de las secciones que lo componen. El hilo conductor que articula todo el apartado gira en torno a las discrepancias que reflejan las diferentes perspectivas involucradas en cada conjunto de fuentes acerca de los orígenes de la arquidiócesis de Metodio: qué papas cooperaron o no con los Apóstoles, quién los convocó a Roma, cómo se permitió el uso de la lengua eslava en la liturgia, etc. La diferencia fundamental que propone Maddalena Betti es la ausencia en las fuentes romanas de toda referencia al contacto entre los papas Nicolás I (858-867) y Adriano II¹ (867-872) con Cirilo y Metodio, donde no se menciona la estadía de los misioneros en Roma ni su relación con la Sede Apostólica. Consecuentemente, para la autora, hay una memoria histórica alterada en Roma derivada no de actos fortuitos, sino de una elección consciente por parte del clero romano de ocultar información sobre su colaboración con los jefes eslavos en un proyecto eclesial común para operar de manera más discreta en la región del Danubio. Para Betti, la cuestión de la naciente Iglesia Búlgara, que tuvo prioridad en la agenda papal por su significancia dentro de la disputa con la Iglesia Bizantina, oscureció la intervención de Roma en la cristianización de los eslavos en las fuentes romanas. Tal es el caso de las vidas de Nicolás I y Adriano II —escritas por Juan Immonides— que le ofrecen un papel central a la relación de ambos con los obispos de la Cristiandad y con los reyes griegos, latinos y búlgaros, buscando la ratificación del universalismo de la Iglesia Romana y su primacía en la Cristiandad.

En contraposición a la documentación proveniente de Roma, Betti encuentra que las fuentes eslavas sí le atribuyen un rol activo y esencial a los dos pontífices en el establecimiento de la primera jerarquía eclesial en los territorios de Ratislav, Svatopluk y Kocel, es decir, en el proyecto para una arquidiócesis bajo la jurisdicción de Roma en Europa central. Al mismo tiempo, estos do-

1 La autora explica que fue Nicolás I quien invitó a los hermanos a Roma, pero que debido a su muerte, fueron recibidos por Adriano II, con quien mantuvieron estrecho contacto. Pese a que las fuentes romanas no lo informan, efectivamente fueron recibidos por éste Papa. El interés papal por los eslavos del Danubio aparece en Nicolás I, pero se vuelve más pronunciado con Adriano II, coincidiendo cronológicamente con la implicación de la Sede Apostólica en la naciente Iglesia Búlgara.

cumentos mencionan —y exaltan— la aprobación de la Sede Apostólica para la introducción de la lengua eslava en la liturgia, pero dan información inexacta acerca de los papas que defendieron las actividades de los hermanos provenientes de Tesalónica. Betti considera que, sin negar la autenticidad histórica de las fuentes eslavas, es más apropiado reducir el valor simbólico atribuido a la celebración litúrgica en lengua eslava realizada en Roma durante la presencia de Cirilo y Metodio. De todos modos, la autora va más allá del antagonismo fuentes romanas-fuentes eslavas y también halla discrepancias al interior de éstas últimas, dando cuenta de las contrariedades entre la *Vida de Constantino* y la *Vida de Metodio*. Además, pretende demostrar cómo otros textos secundarios sobre los hermanos, como el *Encomio a Cirilo y Metodio*, pueden ser responsables de las variaciones entre ambas biografías.

Finalmente, el caudal de cartas perteneciente al Papa Juan VIII (872-882) ocupa un lugar privilegiado dentro del análisis de la autora, y el capítulo III está abocado a ellas. Puesto que Maddalena Betti establece como meta principal de dicho papa la realización de un amplio proyecto para promover la expansión de la autoridad de la Iglesia Romana, no resulta difícil imaginar el porqué del valor de aquellas. Con el fin de maximizar su influencia en la región, Juan VIII mantuvo una asidua correspondencia con los jefes eslavos y búlgaros, y las 314 misivas permiten entrever la mayor o menor intensidad de la intervención de la Santa Sede en dichos territorios. Por ejemplo, registran un incremento de las delegaciones papales visitando Europa central y los Balcanes en la segunda mitad del siglo IX, coincidiendo con el proyecto papal de Juan VIII. De todos modos, Betti aclara que la identificación de las direcciones específicas de las cartas, así como los itinerarios geográficos de las delegaciones papales son difíciles de reconstruir.

Al mismo tiempo, el cuerpo de escritos presta gran atención a las variaciones en las denominaciones dadas a la arquidiócesis de Metodio, en consonancia con diferentes contextos políticos. Así, la autora se vuelca al análisis de la evolución del léxico en las cartas papales para referirse a aquella, y su aporte concluye en la existencia de dos definiciones (*diocesis Pannonica* y *Ecclesia Marabensis*) que indican la flexibilidad de la política de la Sede Apostólica en la organización de la nueva provincia eclesiástica. Betti rescata, una y otra vez, la habilidad papal para emplear el vocabulario apropiado en el momento justo, y considera que el paso de “diócesis panónica” a “diócesis morava” debe ser interpretado fundamentalmente como un punto de inflexión en la política de

Roma. Si la referencia a una “diócesis panónica” fue usada para reforzar el derecho romano sobre una arquidiócesis permanentemente amenazada por la ambición del clero bávaro, al tiempo que mantenía un grado de precisión geográfica limitado al principado de Kocel, para el año 880 la nueva denominación étnico-territorial de “diócesis morava” reflejó la confianza de Juan VIII en Svatoptluk —jefe de los moravos— para la organización de la Iglesia. En este punto, la referencia geopolítica, es decir, la locación de la arquidiócesis de Metodio y consecuentemente de la Gran Moravia durante el siglo IX, vuelve a aparecer. En la búsqueda del centro eclesiástico más significativo de Moravia para identificar la sede de Metodio, la autora se opone a la idea de Sirmium (centro de la Baja Panonia) como sede episcopal, para abogar por la ausencia —por un largo periodo— de una residencia estable que le permitiese al arzobispo mayor libertad de movimiento en el territorio y al Papa Juan VIII recolectar más información para la creación de una futura metrópolis allí. Por último, es en este apartado donde Betti termina de establecer la ubicación de Moravia al norte del Danubio, en relación a la designación de Nitra (actual Eslovaquia) como primer sede episcopal en 880.

Los cinco mapas ubicados al final del libro pueden resultarle de cierta utilidad al lector, debido a que ilustran algunos de los principales temas geo-políticos tratados a lo largo de los capítulos, a saber: la locación de Moravia, la ubicación de la arquidiócesis de Metodio, los viajes de los embajadores de Juan VIII y las provincias que componían Illyricum durante el siglo IV. Sin embargo, no queda del todo en claro el criterio utilizado por la autora para la selección cartográfica, puesto que ésta sólo muestra las visiones de algunos de los autores mencionados en los tres capítulos, pese a que no todo ellos resultan tan relevantes para las conclusiones generales de Betti.

Establecidos los puntos nodales del libro, cabe mencionar que el lector de *The Making of Christian Moravia* se encontrará con un sinfín de detalles en el tratamiento de cada tema, que aquí se hace imposible hacer alusión. Uno de los grandes logros de la autora italiana es el manejo de las numerosas fuentes aludidas en cada apartado, con las que no teme involucrarse. El estudio de todas estas le permite finalmente plantear su propia teoría acerca de unas de las líneas directrices que atraviesan todo el texto: la locación de la Gran Moravia. Por otra parte, se puede estimar su gran cintura en el análisis de la coyuntura general en la que está inscripto el establecimiento de la arquidiócesis de Metodio, ya que a lo largo de todo el libro se perciben de manera clara las

permanentes fricciones entre los actores políticos más importantes del período. Si bien como indica Maddalena Betti no fue la norma general que los papas tomaran parte en actividades misioneras de gran escala, algunos pontífices defendieron el trabajo de hábiles misioneros en orden de reservarle a la Sede Apostólica un rol de liderazgo en la organización de nuevas iglesias. Esto cobra relevancia en un marco donde el líder de la Iglesia era el emperador y el Papado se encontraba subordinado al poder imperial, ya sea de Constantinopla o de los Carolingios. Siguiendo esta línea, las misiones de evangelización y los intentos de creación de iglesias subordinadas a Roma, constituyeron vías por las cuales el Papado buscó desarrollarse de manera autónoma. Así, el proyecto papal para el “cuidado pastoral” de los eslavos más allá de las fronteras carolingias del este, aumentó las tensiones en un mundo de preexistentes relaciones tensas entre las grandes esferas de poder de la época (la Iglesia Bizantina, Bávara y Búlgara, la Cristiandad Latina y el Imperio Carolingio). *The Making of Christian Moravia* constituye así una cita obligada para quien quiera conocer más a fondo la historia de la Gran Moravia, que por donde sea mirada contiene un enorme valor histórico para el estudio de la Edad Media.